

de un espíritu aventurero (1). En Portugal, adonde le llevó el azar, fué sucesivamente santero, químico, maestro de baile, médico, soldado, desertor y torero. Nada resiste á las ásperas lecciones del tiempo, y aquel temple indisciplinado y vigoroso llegó á quedar quebrantado por los vaivenes de la vida y las amarguras del desengaño. Apaciguado el ardor juvenil, vuelve á su patria y á la casa de sus padres, eterno centro de amor y de indulgencia, y allí se reproduce la escena del *Hijo pródigo* arrepentido. Aquel mozo *medianamente loco*, aquel *perdulario incorregible* (2) se consagra con afán al estudio; vive cuerdo y retirado, y acaba por conquistar legítima nombradía y por ser de todos respetado, si bien de muchos, más que respetado, temido por su vena sarcástica y por el desenfado de sus censuras.

Su primera afición literaria fué, como su carácter, aventurera y antojadiza. Dió en el extraño delirio de estudiar las peregrinas artes alquímicas de otras edades (3).

Cualquier estudio infunde luz en entendimientos sanos, y *Torres* pasó involuntariamente de las falsas ciencias á las ciencias verdaderas. Se dedicó con ahinco al estudio de las matemáticas y de la astronomía. Ésta fué la verdadera regeneración del estudiante estrafalario.

Sólo leyendo los lances de vária fortuna que el mismo *Torres* refiere y juzga en su autobiografía, puede formarse cabal concepto de este hombre singular. Ya se le ve en Madrid presentarse con decoro entre la gente de vida holgada, escondiendo despues su miseria extremada en una casa de la calle de la Paloma; ya lavar por sí mismo su escasa ropa blanca; ya, hambriento y extenuado, huir, por orgullo, de las casas donde le convidaban á comer, y pasar dias enteros sin más alimento que la jicara de chocolate que, segun la costumbre de entónces, le ofrecian en una tertulia. No es ménos entretenida la extraña aventura de los pavorosos ruidos de la calle de Fuencarral, cuyo misterio procuraron en balde aclarar el doctor *Torres* y el agudo y perspicaz Gerardo Lobo, que hacia mofa del duende, sin acertar á encontrarle ni á comprenderle. Una vez temió *Torres* habérselas con la Inquisición; pero su fe cristiana era sincera y fervorosa, y una mera explicación de su parte bastó para conjurar el riesgo y volver la serenidad á su espíritu (4).

Sería dilatarse demasiado seguir los azares de la vida de *Torres*, que unas veces tiene trazas de un Gil Blas, otras de un Cagliostro, y no pocas de un hombre digno de respeto por su saber, su ingenio, su modestia y su instinto moral. Su popularidad llegó á ser extraordinaria. Cuando, ansioso de trocar el mote del *Piscator* por el noble título de catedrático de la universidad de Salamanca, hizo oposicion á la cátedra de matemáticas, muchos doctores le fueron contrarios. Temian, no sin fundamento, que el carácter inquieto y mal contenido de *Torres* turbase la pacífica union del claustro. Pero tal era ya la fama de *Torres*, que se arre-

(1) «Tomé una camisa, el pan que pudo caber debajo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que estaban destinados para las prevenciones del dia siguiente, y sin pensar en paradero, vereda ni destino, me entregué á la necesidad de la que llaman buena ventura.» (*El doctor Torres*.)

(2) Calificaciones que se aplica el mismo *Torres*. Así explica la opinion en que algunos le tenian:

«La pobreza, la mocedad, mis almanaques, mis coplas y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un escolar extravagante, entre brujo y astrólogo, con visos de diablo y perspectivas de hechicero.»

(3) «Arrastrado de esta mania, buscaba en las librerías más viejas de las comunidades los autores rancieros de la *filosofía natural*, la *crisopeya*, la *magia*, la *transmutatoria*, la *separatoria*, etc.» (*El doctor Torres*.)

(4) «Yo entraba á cumplir con el precepto de la

misa en una de las iglesias de Madrid, y cuando quise doblar la reverencia y postracion que se acostumbra, me arrebataron la acción y los oídos las voces de un predicador que desde el púlpito estaba leyendo en un edicto del Santo Tribunal la condenación de muchos libros y papeles. Mi desgracia me llevó al mismo instante que gritaba mi nombre y apellido, y mil abominaciones contra un cuadernito, intitulado *Vida natural y católica*. Atemorizado y poseído de un rubor espantoso, me retiré desde el centro de la iglesia, donde me cogió este nublar, á buscar el ángulo más oscuro del templo, y desde él vi la misa con ninguna meditacion, porque estaba sobrecogido mi espíritu de un susto extraordinario y de unas tristísimas cavilaciones. Buscando las callejas más desoladas me retiré á mi casa; parecíame que las pocas gentes que me miraban eran ya noticiosas de mi desventura y me maldecían desde su interior.» (*Torres*.)

draron los opositores rivales, y fueron tan brillantes los ejercicios de aquél, que impuso, por decirlo así, su triunfo aún á los ánimos más hostilmente prevenidos (1). Los doctores de Salamanca habian concebido cierta aversion á *Torres*, porque, donde quiera y sin rebozo alguno, hacia resaltar la decadencia lamentable á que habia llegado la en otro tiempo sábia y esclarecida universidad, y no satisfecho con este fundado juicio histórico, habia zaherido sin piedad, y hasta con injusticia, á los mismos doctores (2). Ya entre ellos, se esforzó *Torres* por ganar la voluntad de sus compañeros; su genio claro y satírico hizo estéril el sano propósito, y fué siempre implacable el desabrimiento que les habia inspirado (3). En cambio, el pueblo de Salamanca y los estudiantes de la universidad amaban al hombre llano, célebre y algo descarado, que se mofaba de la severidad que afectaban unos, de la presuncion con que vivian otros, y «de los poderes y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen» (4).

Es de notar que *Torres* habla siempre de sus poesías con marcado desden, llamándolas generalmente *coplas*, y considerándolas como desahogos juveniles y devaneos sin alcance y sin valor. Su discernimiento crítico era grande, y no le faltaba razon para preferir su prosa á su poesía (5). Era, en verdad, más discreto y observador que místico y sublime; pero sus versos, por la espontaneidad, por el donaire, y á veces por la naturalidad y el ingenio, merecen un recuerdo de la posteridad, y no dejan de despedir alguna luz en aquel *Parnaso* de afectación y de tinieblas. Aunque no poeta de númen elevado, *Torres* era poeta. Cuando, segun su propia expresion, *profesó de júcaro*, y anduvo con toreros y con gente de vida airada, representaba pasos y sainetes, por él compuestos, y llenos de originalidad y de zumba. Sus *pasmarotas* satíricas de los *lunarios* no carecen de gracia y de intencion. Todo esto no

(1) De setenta y tres doctores que asistieron al claustro pleno, setenta y uno votaron en favor de *Torres*.

(2) Sirva de ejemplo el soneto *A los doctores de la universidad de Salamanca*, cuyas dos primeras cuartetas son como sigue:

Sabios sólo de gestos y visajes,  
Estudiante ninguno, mil togados,  
Y con las vanidades de graduados  
Los que tienen ya plaza de salvajes.  
La necesidad se abriga con los trajes  
Que antes honraban doctos licenciados,  
Y andan todos los vicios arropados  
Con fúnebres y místicos ropajes...

(3) La universidad de Salamanca hizo á *Torres*, ya jubilado y viejo, el desaire de no suscribirse á la publicacion de sus obras, que las demas universidades, la familia Real, várias comunidades religiosas, y los principales sabios y magnates del reino habian apadrinado con su nombre. Este calculado desvío llegó al alma á *Torres*. De él se queja amargamente en sus obras.

(4) Palabras de *Torres*.

La ovacion tributada á don *Diego de Torres* con motivo de su admision como catedrático de la universidad, no tenía ejemplo en Salamanca. Gentes de todas las clases de la sociedad acudieron afanosas á los ejercicios de oposicion. Llegaba el gentío hasta las puertas que salen á la catedral. El auditorio se acercaba á cuatro mil personas; otras tantas esperaban ansiosas donde no podian presenciar el acto. Luégo que el secretario de la universidad hubo declarado la resolucion favorable, repicaron las cam-

panas de las parroquias inmediatas, los estudiantes dispararon muchos tiros y cohetes, un tropel numeroso de gentes de todas esferas acompañó hasta su casa al nuevo catedrático, victoreándole con entusiasmo. Á la noche siguiente salió á caballo un escuadron de estudiantes, hijos de Salamanca, iluminando con hachones de cera un tarjeton, en que iba escrito con letras de oro, sobre campo azul, el nombre del triunfador. Pusieron luminarias hasta los vecinos más miserables, y en los miradores de las monjas no faltaron luces, pañuelos y aclamaciones. Se extendió la alegría á todos los barrios, y en todos hubo música, durante la noche.

(5) Conocia bien el lastimoso estado de las letras en su época. En los *Sueños morales* dice á la sombra de Quevedo: «Eso de poetas grandes no es fruta de este siglo. En lo lírico se ha perdido ya la elegante cultura y hermosa locucion de Góngora... En este miserable siglo, poetas grandes, doncellas honestas y jueces desinteresados son las paradojas del fénix... En las tiendas de los libreros verás la incultura y negligencia de las almas de esta infeliz edad... Hoy es moda el ignorar, es uso la barbarie, y las señas de caballero son escribir mal y discurrir peor. Más vale un tonto adulador y un salvaje forrado en charlatan que veinte Moretos y Villayzanes. El latín será, dentro de pocos años, más raro que el griego, y será forzoso que venga otro Antonio de Nebrija, que fué el Pelayo de la latinidad. Eso de retórica no se usa, porque dicen que nada tiene fuerza de persuadir sino el dinero. De la divina poesia se perdieron los moldes.»

es alta poesía, pero siempre inspirará interés á quien desee conocer los ecos, poco despues perdidos, de la musa genuina de los españoles.

Otros doctos é insignes prosadores que cultivaron la poesía señalaríamos en este lugar, á consentirlo los límites del presente *Bosquejo*; pero no debemos omitir, por la influencia crítica y moral que ejerció en las letras, en las ciencias y en las ideas, al sabio benedictino *fray Benito Jerónimo Feijóo*. Dechado de pureza en las costumbres, sincero é inquebrantable en la fe, austero en las convicciones de la moral, amigo de la paz del claustro, una pasión sola tuvo en su vida: la pasión del estudio. Y esta pasión nació de otra aún más elevada: la pasión de la verdad. En su juventud, la ignorancia embotaba el entendimiento en todas las clases de la sociedad española, y las preocupaciones vulgares adquirían cada día mayor arraigo y crecimiento. Movido por su instinto y por su caridad, y ansioso de contribuir á ennoblecer la naturaleza del hombre, que la ignorancia enerva y degrada, se empeñó en la ardua y arriesgada tarea de combatir los errores populares con el ímpetu heroico de los antiguos campeones y hasta con la impasible constancia de los mártires. El espíritu enciclopédico y la gloriosa ambición de cultura que reinaba entre los sabios benedictinos, llevaron desde luego á *Feijóo* á estudiar los grandes maestros de la civilización moderna. Luis Vives, á quien Erasmo admiraba, y el canciller Bacon, que, despues de Vives, y por nuevos y muy elevados caminos, buscó los medios de dar ensanche y perfección al saber humano, fueron las vivas lumbreras que guiaron y fortalecieron á *Feijóo* en su noble y meritoria empresa. Los tratados del sabio español, *De corruptione artium et scientiarum* y *De tradendis disciplinis*, y los tratados del filósofo inglés, *De dignitate et augmentis scientiarum* y *Novum Organum*, dieron asiento, luz y vigor á los grandes instintos del ilustre benedictino, y á esta preparación intelectual, tan pura y tan fecunda, debieron acaso, así *Feijóo* como su amigo el célebre doctor don Martín Martínez, médico del rey Felipe V, el ser los dos hombres más ilustrados de España en aquel triste período de paralización científica y de corrupción literaria. Como ambos eran tan superiores á su tiempo, ambos fueron perseguidos con encarnizamiento por la envidia y por la ignorancia. Audaces adversarios, uno y otro, de la rutina y del sofisma, ¿cómo no había su noble arrojo de suscitarles ásperos y encarnizados impugnadores en un tiempo en que la rutina y la sofistería eran el alma de las escuelas? Lo recio é injurioso de los ataques de que fué blanco aceleró la muerte de Martínez (1). *Feijóo* desplegó en la lucha una entereza incontrastable. Él mismo escribía: «Si Martínez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha» (2).

El *Teatro crítico universal*, que el padre *Feijóo* empezó á publicar á los cincuenta años (3), suscitó, como era natural, una turba de impugnadores. Día hubo en que salieron á luz tres escritos contra *Feijóo*. Las naciones, como los individuos, se resentían, á pesar suyo, contra aquellas personas que, armadas de un discernimiento superior y de un temple inflexible, se afanan por presentar de bulto, como sacándola á la vergüenza, la pesada y humillante balumba de sus preocupaciones, de sus vicios y de su ignorancia. Pero la gloria premia y enaltece á estos varones de ánimo recto y esforzado, que se abogan en la atmósfera del error, y son en la tierra mártires de la verdad. *Feijóo*, ilustrado con vasta lectura y sostenido por su razón serena, fué un adalid inexorable y poderoso de la civilización. Cualquiera que sea el valor absoluto que hoy pueda atribuirse á sus obras, nadie se atreve á negarle aquel lauro eminente. Lista dijo que *la posteridad debe erigir á Feijóo una estatua, y quemar sus obras al pié de ella*; sentencia ingeniosa, que, bien examinada, tiene tanto de injusta como de aguda. Obras hay de *Feijóo*, cuya lectura es y será siempre sabrosa é instructiva; y aunque en realidad todo su mérito fuera estrictamente relativo, la posteridad no puede nunca mirar con indiferencia ó desvío esas obras, que son monumentos de la historia moral de las nacio-

(1) *Feijóo*, carta 23, tomo II.

(2) *Feijóo*.

(3) El 3 de Setiembre de 1726. El último tomo

de las *Cartas eruditas* salió á luz en 1760. Había cumplido *Feijóo* ochenta y cuatro años. Murió el 26 de Setiembre de 1764.

nes, ni esos vestigios de la gloriosa y ardua lucha en que pugnan por un lado los errores comunes del pueblo, siempre tenaces y extremados, y por otro la luz de la verdad y la noble entereza de una intención robusta y acendrada.

El lenguaje de *Feijóo* es ameno y fluído y como de quien escribe más afanoso de demostrar verdades que de embelesar con primores retóricos (1). Aunque en la prosa es por lo común tan claro y tan sencillo, rindió culto en sus versos al gusto conceptuoso, que todos consideraban entónces como la esencia de la poesía (2). Testimonio de ello son sus celebradas décimas metafóricas *Á la conciencia*, sus *Liras á una despedida*, que escribió haciendo alarde de naturalidad (3), y otras composiciones, las cuales prueban, al propio tiempo, que no carecía de vena poética el cuerdo é implacable perseguidor de supersticiones y vanas creencias.

*Feijóo* recibió especiales muestras de aprecio del papa Benedicto XIV, del sabio cardenal Querini, bibliotecario del Vaticano, y de otros eminentes varones. El rey Fernando VI le concedió honores de consejero, y Carlos III lo colmó de alabanzas al regalarle las *Antigüedades de Herculano*. Pero el más solemne y significativo testimonio de aprecio que recibió de su soberano, fué la prohibición pública y oficial de que en lo sucesivo fueran impugnadas sus obras (4). Esta intervención de la Corona para poner á *Feijóo* al abrigo de la crítica, ha parecido á algunos digna á un tiempo de vituperio y de alabanza. Ciertamente que la medida en sí misma tiene trazas de arbitraria y opresiva; pero la verdad es que fué dictada, no para ahogar la libertad científica, filosófica y literaria, sino para darle favor y patrocinio. Necesario es, para comprender el verdadero carácter de este hecho, recordar el espíritu intolerante y agresivo que reinaba en España, durante el siglo XVIII, contra aquellos escritores que se atrevían á sustentar los principios de la crítica moderna. El famoso *Diario de los literatos* (1737), revista avanzadísima para aquella época, no pudo resistir al embate de los literatos vulgares heridos por aquella doctrina nueva y severa, á pesar de la protección decidida que le dispensaron Felipe V y los magnates de la corte. La polémica contra *Feijóo* había tomado un carácter enconado y tenaz; por docenas se contaban las impugnaciones impresas; acerbos invectivas, y hasta suposiciones calumniosas, se habían empleado, en vez de argumentos doctrinales; la contienda producía ántes escándalo que provecho para la pública ilustración. La extraña disposición del Monarca fué en aquella sazón homenaje á la dignidad del carácter, desagravio á la justicia, amparo á la libertad del entendimiento.

No terminaremos este capítulo sin hacer siquiera mención del estado de la poesía en las Indias Occidentales. El gusto reinante en la metrópoli había pasado, por lo general, á los reinos españoles de América con sus vicisitudes sucesivas.

En Méjico, donde en el último tercio del siglo XVI había nacido y estudiado Alarcón, el poeta dramático español de más filosófico instinto, y el que usó un estilo más sencillo, más claro y más adecuado á la intención moral del drama, resonaba, un siglo más adelante, en el palacio del elegante é ilustrado virey Marqués de Mancera, el discreto ingenioso á par que alambicado de la afamada monja mejicana *sor Juana Inés de la Cruz*. Sus imitadores no la igualaron, y cayó sobre sus nombres el velo del olvido.

En el reino del Perú también se habían cultivado con afición las letras amenas. Á principios del siglo XVIII el gusto conceptuoso ejercía allí su contagioso imperio. Por los años de 1709 y 1710, el Marqués de Castell-dos-Rius, grande de España, virey del Perú, antiguo

(1) Mayans, que no era favorable al sabio benedictino, lo juzga de este modo: *Oratio ejus perspicua, sed peregrinis vocibus fedata. A multis est impetitus; sed, ut debiles adversarios nactus est, eorum impetus irridet, nescius forte, quantum à potenti adversario pati posset, si critico stilo res esset decernenda.*

(2) Puede verse el catálogo de las obras poéticas

de *Feijóo* en la excelente colección de sus *Obras escogidas*, publicadas en el tomo LVI de la presente BIBLIOTECA.

(3) Hé aquí el título completo de esta composición: *Liras á una despedida, compuestas en este género de metro para demostrar que en cuantos usa la poesía española cabe naturalidad y ternura.*

(4) 23 de Junio de 1750.

embajador en París y en Lisboa, hombre ilustradísimo y amante sincero de las letras y de las artes, celebraba brillantes y animadas tertulias literarias en su palacio de Lima. La casualidad había reunido en torno suyo algunos cultivadores de las letras, capaces de dar, por su instrucción y por su ingenio, pábulo y lustre á las reuniones del Virey (1). Algunos de ellos, como don Jerónimo de Monforte, el doctor don Pedro de Peralta Barnuevo y el Conde de la Granja, imprimieron varias de sus obras y alcanzaron fama en España (2). El mal gusto de la época rebosa en esta abundante colección de versos artificiales y conceptuosos. No puede olvidarse que ésta era la triste gloria de las letras en aquella época de corrupción intelectual. Pero, acaso por el aislamiento en que vivían los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo* ni subió allí á las nebulosas alturas de los Góngoras, ni descendió á la ruín y repugnante esfera de los Montoros. Los asuntos académicos son unas veces nobles y naturales, como, por ejemplo, á la victoria alcanzada por Felipe V en la batalla de Luzzara; otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. Ya expresan el rendimiento de amor á una dama en redondillas, con la obligación de acabar cada una de ellas con un título de comedia (3); ya discurren sobre lo que bordaba Penélope en su famosa tela, ó sobre cuál es

(1) Consérvanse sus nombres y sus versos en un códice titulado *Flor de academias*, que posee nuestro amigo el señor don Pascual de Gayángos. Los principales ingenios que asistían á estas tertulias poéticas y recitaban versos en ellas eran:

Don Miguel Saenz Cascante, presbítero.

El padre maestro fray Agustín Sanz, calificador del Santo Oficio, confesor y consultor del Virey.

El Marqués de Brenes (don Juan Eustaquio Vicentelo y Toledo), caballero de Santiago. Había sido gobernador y capitán general del reino de Tierra-Firme.

Don Pedro José Bermúdez de la Torre y Solier, doctor en ambos derechos, alguacil mayor de la Real audiencia de Lima.

Don Juan Manuel de Rojas y Solórzano, caballero de Santiago, secretario de Su Majestad y del Virey.

El doctor don Pedro de Peralta Barnuevo y Rocha, contador de cuentas y particiones de la Real audiencia de Lima, catedrático de prima de matemáticas en la universidad de la misma ciudad, cosmógrafo é ingeniero mayor del reino del Perú.

Don Jerónimo de Monforte y Vera.

Don Matías Anglés de Meca, gentilhombre de cámara del palacio del Virey.

El Marqués del Villar del Tajo (don Antonio de Samunio de las Infantas), caballero de Santiago, general del mar del Sur.

El Conde de la Granja (don Luis Antonio de Oviedo y Herrera), caballero de Santiago, regidor perpétuo de la ciudad de Salamanca, gobernador de la provincia del Potosí.

(2) Monforte era poeta festivo. Escribió sainetes, y en las academias de América se distinguió por su afición á la poesía burlesca. Así lo da á entender el prólogo del códice ya citado, *Flor de academias*.

Peralta Barnuevo, hombre muy erudito, imprimió su largo poema *Lima fundada* y otras varias obras, entre ellas el primer tomo de su *Historia de España vindicada*.

Véase el artículo Peralta en nuestro *Catálogo de poemas castellanos del siglo XVIII*, y lo que dice de ambos poetas don Cayetano Alberto de la Barrera en su *Catálogo del teatro antiguo español*.

El Conde de la Granja, natural de Madrid, amigo de Zamora y de Cañizares, era ya por este tiempo un anciano de setenta y tres años. Había escrito dos poemas, entonces bastante estimados: *Vida de santa Rosa de Lima* y *La Pasión*. Véase el artículo que le consagra Álvarez y Baena en su diccionario *Hijos de Madrid*.

(3) En este asunto, como en la pintura joco-séria de Narciso y en algunos otros, anduvieron muy felices los ingenios de la academia. Sirvan de muestra algunas redondillas de las muchas improvisadas en aquella ocasión por el doctor Bermúdez, que era un verdadero repentista, y se hallaba muy familiarizado con el discreto del teatro español:

No te quisiera explicar,  
Bella ingrata, lo que siento,  
Porque en un amor atento  
No hay cosa como callar.

Y así, con ansia, veloz  
Viene obediente el respeto  
Á que corrija el secreto  
La deslucha de la voz.

Aunque contra esa desdicha  
Aplaré á tus piedades;  
Que si la oyen las deidades,  
También por la voz hay dicha.

Porque en sus violencias dudo  
Que, obediente á su destino,  
Pueda ser el amor fino  
Cuando es el amante mudo.

Pero otra vez te prometo  
El silencio, y mi atención  
Te ofrezco en mi corazón  
El alcazar del secreto.

Que en este confuso abismo  
De mi amante desaliento,  
Quiere ser mi pensamiento  
El alcaide de sí mismo.

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

Soñaba amor en mi empeño  
Que vida el favor le daba,

defecto más tolerable en la mujer propia, la necedad ó la fealdad (1); ya pintan á una dama en un romance con la precisión de haber de constar cada copla de un título de comedia, de otro de un libro, del nombre de una calle de Madrid ó Lima y de un refrán (2); ya, en fin, escriben romances que son al mismo tiempo latinos y españoles. En medio de estas y otras extravagancias semejantes, asoma á menudo la fantasía viva y fecunda de aquellos ingenios extraviados. El Virey tenía en su palacio un salón dispuesto para representaciones dramáticas. En algunas ocasiones se improvisaban comedias. Las reuniones empezaban con música, y el magnate mismo no se desdenaba de tocar la guitarra delante de aquellos poetas, amigos suyos predilectos, que, si bien libres, traviesos y conceptuosos, no son en sus versos ni licenciosos ni chocarreros. En aquella edad sabían los hombres hermanar fácilmente la familiaridad y el respeto.

Escribió el Marqués de Castell-dos-Rius, además de algunos versos líricos, varias loas, mencionadas en el códice *Flor de academias*. Tenía el Marqués perverso gusto poético. Él es quien ponía á los asuntos académicos, en sus tertulias literarias, tantas pueriles dificultades métricas, indignas de la verdadera poesía, y se trasluce en la *Noticia proemial* de la *Flor de Academias* que el culto y elegante Virey blasonaba de que en sus academias «se habían hecho usuales los primores más difíciles», y que continuamente se componían allí poesías, «ya retrógradas, ya con ecos, paranomasias y otras delicadas armonías y artificiosas elegancias.» ¡Así extravía el mal gusto la razón y ciega las fuentes eternas de la belleza!

El lunes 24 de Marzo de 1710 se celebró academia poética en el palacio del Virey, y éste leyó en ella un soneto *Á la oscuridad del cielo en la muerte de Cristo*. Fué su último solaz literario. Un mes después puntualmente (el 24 de Abril), había dejado de existir. Todavía se reunieron una vez sus amigos para celebrar una academia literaria. Pero ésta fué triste y dolorosa, como exclusivamente consagrada á la memoria de aquel hombre ilustre y querido. Todos los poetas de la academia, y algunos otros que á ellos se agregaron en esta triste ocasión, rindieron la ofrenda de su corazón y de su talento, no ante el esplendor del prócer encauzado y poderoso, sino ante el sepulcro del amigo y del honrador de las letras (3).

Y es, sin duda, que soñaba,  
Pues siempre la vida es sueño.  
Vencerte no puede ser,  
Pensarlo es temeridad,  
Pues eres, por tu beldad,  
Ángel, milagro y mujer.

(1) Casi todos los poetas se deciden en favor de la necia hermosa. Don Juan de Rojas da, entre otras, las siguientes razones burlescas:

Si hubiera solicitado  
Preferir á lo discreto,  
Yo confieso mi pecado,  
Que hoy me verían casado  
Con Calderón ó Moreto.  
Siempre cuestan estas cosas  
Al gusto muchos afanes;  
Pero en mí no son penosas;  
Que el querer más las hermosas  
Es vicio en todos los Juanes.  
De la linda y la entendida  
La utilidad es notada,  
Porque son toda la vida  
La docta más aplaudida,  
Y la hermosa más buscada.  
La que suele, á su pesar,  
Porque más claro se vea,  
De ambos males enfermar,

De tonta podrá sanar,  
Mas no sanará de fea...  
Á la necia mis sentidos  
Quiero rendir por despojos,  
Pues aunque haya mil maridos  
Que hagan ojos los oídos,  
Yo haré oídos de los ojos.  
Y si alguno á reprender  
Se atreve mi necedad,  
Diré que es un bachiller;  
Que no ha de ser mi mujer  
Doctor de universidad.

(2) Nada apuraba á estos desenfadados poetas. Se complacían, al parecer, en esta gimnasia del ingenio. Todos arrostraban con jugueteo desembarazo los estorbos que inventaba el Marqués. Así empieza su romance don Jerónimo de Monforte:

Marica, en tu *Calepino*  
Trampa adelante no quiero;  
Que el que las sabe las tane,  
Y es tu calle del *Espejo*.  
No puede ser, pues no caben  
En un saco honra y provecho,  
Que vivas tú para todos,  
Y yo en la calle del *Guerno*.

(3) Véanse los artículos *Castell-dos-Rius* y *Rojas* y *Solórzano*, en nuestra *Reseña de varios poetas líricos del siglo XVIII*.